

Tras la línea

Mirada y esplendor

Sergio González Rodríguez

En nuestra vida, insiste Pascal Quignard, una entre muchas imágenes está ausente: ninguno de nosotros pudo asistir a la escena sexual de la que se es resultado. Y añade que el niño que proviene de ella la imagina una y otra vez. La *Urszene* de los psicoanalistas. El escritor francés ha denominado también a la dimensión de la que proviene tal origen “la noche”, o “la anterioridad”. En todo caso, y desde su visión agnóstica, alude a la ausencia por antonomasia. El mundo sin cada quien, plenitud afuera y roto e inconcluso adentro de cada intimidad.

Quignard parece buscar el aliento vital en el concepto de deseo, que preocupó lo mismo a Michel Foucault que a Gilles Deleuze al final de su existencia. Una vuelta inconsciente o consciente a la escena primaria de la gestación. En lo personal, más que tal episodio corporal mi contacto con la idea de la vida fue en sentido contrario: la certeza de lo fantasmal de la propia vida.

Me recuerdo a los cuatro años, descalzo y solo, en la sala de la casa de mis abuelos en Cuernavaca, Morelos. Es de madrugada, y me han atraído los cirios y las veladoras alrededor del ataúd de mi abuelo, Margarito, que acaba de fallecer. Él me ha convocado y, de mis sueños, me ha traído allí, para que lo observe y lo escuche. Pero no oigo lo que quiere decirme, quizás el desencuentro vino desde antes: yo era tímido y algo de él me inhibía. Le llamaré su otro tiempo: era distinto a nosotros, ya seres urbanos inmersos en un hogar moderno con aparatos domésticos, radio y televisor. Margarito vestía sus ropas campiranas de color blanco, comía chapulines vivos, olía a tabaco crudo (cigarrillos Alas) y aguardiente y era lector de la *Biblia* en sus encierros en los que monologaba en voz

alta. Mi abuela, Andrea, nos protegía a los niños de sus desplantes.

Yerto en su ataúd, Margarito se irguió a medias de pronto y me miró, los ojos fijos en mí. No sentí miedo, sólo recuerdo que él toda aquella tarde, y ahora, mientras todos reposaban, me había llamado a verlo. Atribuí la rareza a su carácter festivo y juguetón con nosotros, sus nietos citadinos. Ignoro si hay una lógica de los fantasmas, es decir, algún orden en su conducta que no sea plantear acertijos a los otros, a los vivos, pero en cuanto a mí, me quedó claro que mi abuelo sólo quería ratificar nuestros distingos no sólo de índole generacional o cultural, sino de comprensión de la propia vida.

Ahora quiero leer en el episodio un aviso que cambiaría mi existencia y la de mi familia: en cuatro años, su hija Margarita (mi madre), habría de morir y su muerte trastornaría por completo el destino de su marido (mi padre) y sus hijos. La mirada directa, seria, profunda, inexpugnable del fantasma de mi abuelo, en la madrugada de su muerte, está en mí desde entonces.

La mirada de mi abuelo la redescubrí en las fotografías de Romualdo García, que se esmeró en registrar niñas y niños muertos al lado de sus padres o hermanos, imágenes en las que los muertos conviven con los vivos, o bien, como prefiero verlo yo, vivos y muertos hallan su espesor espectral en el instante fotográfico. Fantasmas que perviven y transmiten su poder espiritual a los demás.

En la actualidad, y por los avances médicos y la salubridad, resulta infrecuente atestiguar la muerte de niños o menores en las familias. Tuve dos hermanos que murieron niños, otro que murió nonato y una

niña que murió a temprana edad. Mi imposibilidad existencial se fantasmagorizó, al expresar una incógnita perpetua relativa a los misterios del origen y del destino.

Quignard afirma en *La imagen que nos falta* que “nuestra vida no es una biografía. El objetivo de la vida no es narrativo. La interrupción de la vida es la muerte, pero nada de lo que se buscaba en los mil caminos de la existencia viene a cumplirse en ella”. Y, cabría añadir, cuando se trata de vidas breves, ese incumplimiento produce que el fantasma acrezca.

Si los fantasmas son un acertijo, y convocan la criptografía, se trata también de que se considera que su mensaje remite en exclusiva al más allá, a los muertos, cuando en realidad tal contenido pertenece a los sobrevivientes, como lo ejemplifica el que mi abuelo me entregó en la víspera de su fallecimiento.

Charles Dickens comprendió el punto cuando escribió su célebre relato “A Christmas Carol” o “Cuento de Navidad”: el avaro Scrooge recibe en sueños la visita de un socio muerto que le advierte sobre los costos de su codicia, y para ayudarlo le informa que lo visitarán a su vez tres espíritus (el de la Navidad pasada, el de la Navidad presente y el de la Navidad futura); al darse cuenta de su egoísmo, Scrooge decide cambiar y ser generoso. La moraleja es tan obvia como contundente: el fantasma que encarnas en vida puede ayudar a los otros.

Que el tema de la Navidad haya sido el pretexto del cuento de Dickens nada tiene de azaroso. Para el cristianismo, el nacimiento de Jesús entraña la posibilidad de que el fantasma de Dios padre encarna en el Dios hijo. Esta ambivalencia del Dios encarnado, al que complementa

el Espíritu Santo, conjunta el de la deidad trinitaria que es la fuente de los fantasmas en Occidente. El tiempo de la redención humana, como lo muestran las enseñanzas paulinas, implica un tiempo de todos los días, donde el fantasma de Jesús, con su palabra de amor universal, permite la convivencia de los creyentes.

Ya como contenido desacralizado o secular, el tiempo navideño ordena la existencia de las personas en torno del amor o el simple afecto. De allí que la costumbre de los regalos sea un ritual de fantasmas amorosos que en vida quieren expresarse ante el ser amado. En época de Navidad, el emblema de la desdicha puede ser la ausencia del afecto, la ruptura amorosa, el desamparo o la soledad.

La canción popular en el siglo xx propuso diversos ejemplos para detallar tal circunstancia, y el auge de las ciudades modernas amplió y rehizo tal mitología. Allí está la pieza de Roy Orbison, *Pretty Paper*, *Pretty Ribbon of Blue*, que narra una calle plena de gente que va y viene la noche de Navidad en busca de regalos, y en una ace-
ra un hombre solo atestigua el tráfico a su alrededor; llora por algún amor perdido.

Lo que podría ser una estampa común de melodrama, en la música y voz del cantante tejano adquiere un linde clásico sobre la indefensión del ser humano en medio de la alienación de las ciudades contemporáneas. Algo semejante a lo que logró el pintor Edward Hopper con su cuadro *Halcones de la noche*. La tristeza de las notas de Roy Orbison contradice el optimismo del consumo y la apariencia de dicha, porque detrás de eso anida la tristeza de alguna pérdida primordial, a la que se evoca a través de los fantasmas.

Cuando alguien crece en edad, tiende a perder conexión con los fantasmas fundamentales, que sin desaparecer pasan a un segundo término, y comienza a elaborar otros: los que construye o elige por afec-
ción o por amistad. Como se sabe, los niños suelen tener amigos fantasmas, reales o inventados, y conforme crecen producen nuevos fantasmas, que luego se volverán problemáticos, o bien, ayudarán a que cada persona logre una estabilidad respecto de quienes lo rodean.

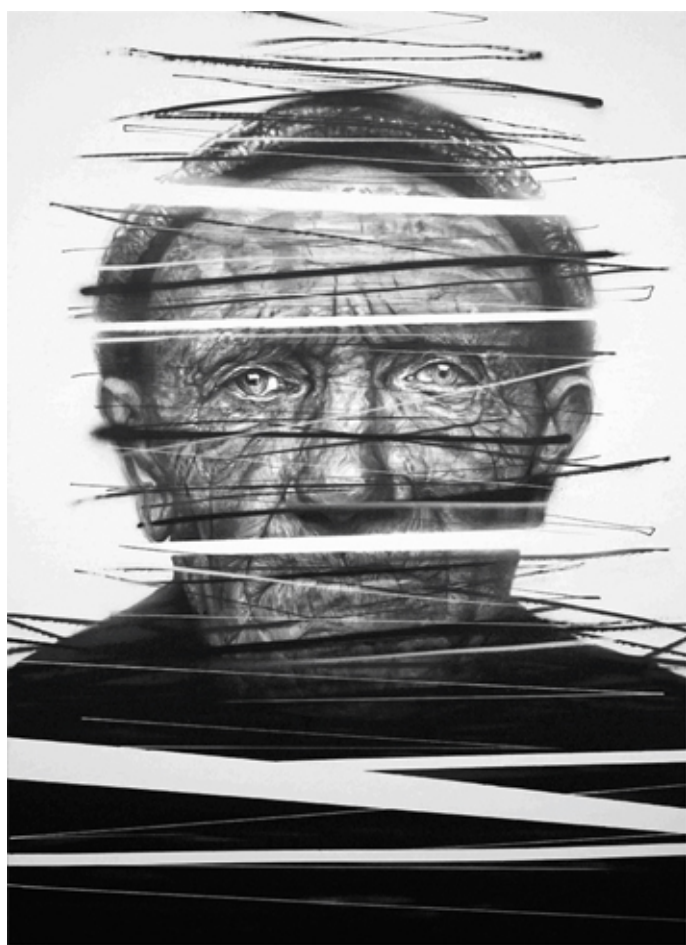
El invierno de 2010, en Alicante, llegué al cuarto de hotel después de una cena en la que, por alguna razón, salió en la

sobremesa el tema de la Navidad y la presencia de la figura de los Reyes Magos. En la prensa se había divulgado, un poco por ignorancia, otro poco por mala fe, que un teólogo renombrado dijo que no existía una clara certeza histórica sobre tal figura bíblica, con lo que realzaba, no disminuía, su potencia ejemplar en la cultura occidental, pero la prensa sólo leyó lo que quiso leer: que todo era una mentira, que nada de eso tiene valor... El filósofo Boris Groys ya se ha burlado del impulso nihilista del temperamento actual: "A mí, debo reconocerlo, ya hace mucho que me irrita el discurso postcapitalista, extendido desde hace cierto tiempo, de que todo se terminó o murió: el sujeto murió, el autor murió, la historia se terminó, y la vanguardia se hizo imposible. En efecto, preguntes por quien preguntes, preguntes por lo que preguntes, o todos se murieron o no hay nada. Queda sólo el comercio, sólo el mercado, en el que se venden las propiedades de los difuntos que quedaron sin dueño".

En aquella cena, intenté un recuento de la figura de los Reyes Magos y su peso literario, su enseñanza de la nobleza que se inclina ante el Dios pobre, del valor simbólico del oro, el incienso y la mirra, de la estrella que guía sus pasos, del sentido de pensamiento y lenguaje que entraña esa dignidad errante, etcétera. Ignoro cuál fue el efecto en quienes me escucharon, pero se apresuraron a pedir la cuenta, y nos despedimos en la calle helada.

Volví al hotel y, ya en el cuarto, observé a través de la ventana los adornos navideños sembrados en una esquina silenciosa y sin luz. Por la tarde, había caminado por allí y tal decoración de oropel y alambre de colores opacos me pareció la representación del vacío y la trivialidad que quiere simular una falsa dicha o promesa. Dejé la ventana y me apresté a dormir en medio de la penumbra.

Al meterme entre las sábanas, me cubrí con ellas hasta la cabeza. Y, en ese momento, supe que mis fantasmas nunca me abandonarían: en medio de la oscuridad, por alguna causa de energía estática, las sábanas albergaban una constelación de relampagueos y chispas pequeñas que se burlaban de mi tristeza. Comencé a reír mientras jugaba con esas estrellas mínimas. **u**



Hunter (Félix Gordero), *El viejo*, 2015